

# LA CEREMONIA DEL HONOR Y LA HONRA

(O Calderón está entre nosotros)

FRANCISCO UMBRAL

*Los clásicos teatrales son ripio y encaje antiguo. Para qué vamos a engañarnos. Asisto, en una noche madrileña y primaveral a uno de los varios «estrenos» calderonianos que se dan con motivo de su centenario. Se trata de un teatro oficial y ya la disposición de los palcos, el estucado del tiempo, la presencia de autoridades, la solemnidad de los críticos (canónigos beneficiarios de la vieja catedral del teatro) y la dulce confusión del público, tan sabido, me parece que inicia esa ceremonia del honor y la honra que es la eterna ceremonia de España (áulica o épica), porque Calderón, con su barroquismo verbal y su confusión teológica mental, está entre nosotros.*



## La ceremonia

*Soy un hombre de tan desconversable estatura que entre los grandes es poca y entre los chicos es mucha.*

Calderón

Calderón es la misa solemne del teatro español. Calderón es el honor y la honra, el auto sacramental, Valdivielso y el guardia civil Tejero.

Este Madrid de esta noche es el mismo que acudía a los corrales de comedias donde reinaba Calderón, por su arrimamiento a la Corte y por muerte de los otros monstruos del Siglo de Oro. El crítico con su legal, con su santa esposa, con la de los

estrenos y las cenas. (La otra/la otra se queda en la penumbra de media tarde.) El colega que me coge del brazo, en el entreacto, y me aprieta fuerte, para contrarrestar la debilidad con que me ha defendido (o atacado) en reciente concurso a que ni siquiera me presenté. María José Cantudo, que me da besos en la boca y me consulta si debe reponer «Yola» o «La hechicera en Palacio», metida como está en lo retrocamp, desde el éxito de «Las leandras». Nuria Espert, de luto sin luto, bella y de negro, que me pasa una mano por la mejilla crespada: «¿Por qué no te has afeitado, si sabías que ibas a verme?»

«Es que necesito afeitarme dos veces todos los días, Nuria. Soy tan hombre...»

Estamos, en fin, prestos para la ceremonia. La ceremonia del honor y la honra, la misa mayor calderoniana en que creemos/descreemos, porque el honor del XVII no era verdad ni en el XVII, y porque Calderón, como he dicho al principio, y como todos los clásicos teatrales, no es sino ripio y encaje antiguo. Shakespeare es metáfora barroco/renacentista y melodrama de tradición oral. Del teatro de Shakespeare, genial escritor, sobra el teatro. Estamos prestos para la ceremonia de la hipocresía, doble hipocresía y doble ceremonia porque ya no creemos en aquel honor/honra o lo traicionamos, y porque ya no nos gusta Calderón, si es que alguna vez.



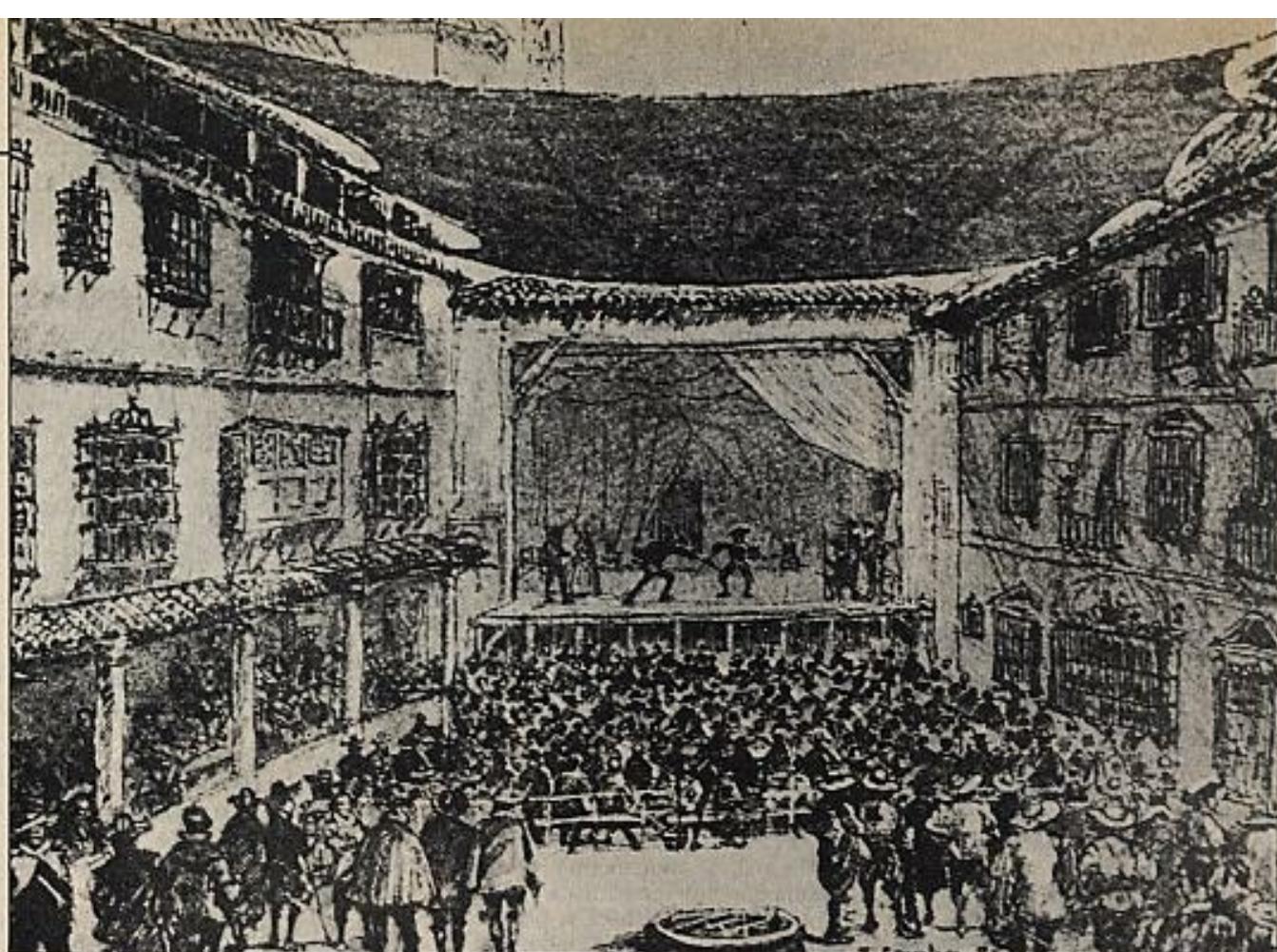
## Teoría del juguete

*Preñada tengo la frente sin llegar al parto nunca, teniendo dolores todos los crecientes de la luna.*

Calderón

No creemos en Calderón ni creía él tampoco. Los clásicos no creían en sí mismos, pero tenían voluntad de clásicos y escribían para quedar o medrar: autos sacramentales, teologías, fuenteovejunas, latinismos.

Los libros teológicos y latinizantes de Quevedo, no sólo son malos, sino falsos. La verdad de Quevedo está en el esperpento. (La verdad y la perennidad: «lo fugitivo permanece y



«Este Madrid de esta noche es el mismo que acudía a los corrales de comedias donde reinaba Calderón.»

dura») La verdad de Lope, no en su artificiosa solución monárquica, pura simonía, sino en sus comedias de capa y espada, donde se burla de todo y contradice su teatro serio (más en su lírica, donde se confiesa). La verdad de Calderón no está en el auto sacramental, sino en el juguete.

Todos escribieron solemne, eclesiástico, grave, imperial, inquisitorial, por miedo, venalidad, halago o aire de los tiempos, pero todos, como eran grandes —y grandes cínicos— necesitaron el juguete, la comedia menor, la llana cultura (la verdadera) para desdeñarse y confesarse, para burlar lo que habían mentado. El honor y la honra es un lance de capa y espada. Todavía Gautier, haciendo la biografía de Baudelaire, tiene que aminorar piadosamente, cautamente, los paraísos artificiales de la droga o la sífilis del poeta. La sociedad y las inquisiciones quieren escritores/ejemplo, no escritores/denuncia, en todo tiempo y lugar. Cierta vez, por la calle, una mendiga acosaba a Eugenio d'Ors, que no le prestaba atención. La señora que iba con don Eugenio preguntó piadosamente:

—¿Pero es que usted nunca da limosna?

—Señora, sólo cuando voy a caballo. Deliciosa denuncia de la limosna, de la caridad, de la caballerosidad, del calderonismo español. El juguete tea-

tral ha sido necesario entre nosotros, no sólo para distraer al vulgo (que Lope definía de necio por no dar las verdaderas razones), sino por contrarrestar tanta mentira sagrada como hemos estado obligados siempre a escribir.

La verdad de todos los clásicos no está en su teatro clásico, sino en el que luego se ha llamado menor, porque en palabras menores han hecho la crítica, la burla y la risa de lo que dijeron al mundo en palabras mayores. Así, Calderón —como Lope, como Quevedo, como tantos— hace al mismo tiempo la obra y su caricatura.

Luego resulta que lo que más nos interesa es la caricatura, porque la caricatura era la obra. Así hasta Valle-Inclán, cuya segunda época y genialidad está en que no es sino caricatura de la primera.

La contraestética de una estética. Y, por supuesto, la transvaloración de todos los valores.

## El honor

*En la sien izquierda tengo  
cierta descalabrada,  
que al encaje de unos celos  
vino pegado esta punta.*

**Calderón**

El honor es cosa de hombres, de machos, descalabrada y asunto de

cuernos, según este romance de Calderón. Estamos en el entreacto. Miro en torno y puedo hacer novela de adulterios, venalidades, separaciones, resignaciones, cosas. Calderón está entre nosotros, no para purgarnos con un auto sacramental, sino para dibujarnos con una comedia menor.

Capa y espada. Lo único que les falta a nuestros galanes fantasmas, damas bobas, maridos y duques de hoy, es la capa y la espada. Los lances son los mismos que en escena. Calderón ha presentado un duque tirano y tonto que quiere imponer su deseo sobre el correr natural de las pasio-



## DEL HONOR Y LA HONRA

nes. Sabemos que, en la realidad, el duque se impone siempre (ya Balzac hablaba de «la penetrante mirada de los condes»). La comedia está viva porque Calderón ha optado por la vida.

Al final, empero, tiene que moralizar y hacer política. El duque burlado, cuando se ha impuesto por la fuerza, escucha un momento la palabra verídica del pueblo y deja a los libres en libertad.

Fuenteovejuna, siempre. La gran mentira ritual de España. Cuando de los asuntos de Ingle pasamos a los del honor político, patriótico, de clase, la espada vence siempre a la capa. En España hemos tenido recientemente uno de los escasos fuenteovejunas reales de nuestra Historia, donde la razón se ha impuesto desde arriba, haciendo fracasar el convencionalismo del auto sacramental.

El honor, inmanente y beligerante, concepto macho, se queda en lo testicular. El honor es una larga paciencia, como decía Baudelaire del genio y Sartre del ateísmo. El honor es una conducta. Sacar la espada en nombre del honor supone, por el contrario, la interrupción de toda conducta. La interrupción de la Historia.

### La honra

*Las cejas van luego, a quien  
desaliñadas arrugas  
de un capote mal doblado  
suelen tener cejijuntas.*  
Calderón

Así como el honor es concepto macho, en la idea de honra entra ya —como agente, más que como pensante— la mujer. La honra esté en ella, la orla, y depende de ella (la suya y la del hombre). «La honra de los españoles —dijo Cernuda— está entre las piernas de las mujeres.»

La honra es creencia más que idea, inmanencia, sublimación del sentido de la propiedad: esta mujer es mía y sólo será honrada si consiente en serlo y me deshonor si no consiente. Propiedad de la hembra, de la madre, de los hijos. La honra es un concepto patrimonial que debiera inscribirse en los Registros de la Propiedad rústica o urbana, según la radicación del honrado o deshonrado.

La honra de la mujer, que no es sólo su virginidad soltera o su fidelidad conyugal, sino una especie de frigidez para consigo misma y el marido (Früed llega a justificar la castración del clitoris femenino, por los

salvajes, en la alternativa entre cultura y represión), la honra, digo, algo que la mujer debe, no sólo observar, sino padecer, soportar bajo la forma de semifrigidez (disfrutar demasiado es o era sospechoso), constituye una especie de cilicio moral mucho más escandaloso que el cilicio real y otros apuros de masoquismo utilizados por místicos y místicas. La honra, socialmente, garantiza la legitimidad de los hijos, la sucesión vertical y sin ambigüedades del patrimonio familiar e incluso político.

La honra, claro, es un valor político de la España imperial, y escritores imperiales como Calderón le dan muchas vueltas al tema, para aleccionar al personal y quedar de moralistas mayores del Reino, pero como el escritor es naturalmente un rebelde, un déclassé, un marginal, un lumpen intelectual, a poco escritor que sea, resulta que no cree en nada de aquello que está escribiendo, y, para burlarse de ello y, sobre todo, de sí mismo, para purgarse, inventa el vo-



devil con gorguera, que es el de Calderón y Lope, como luego hemos conocido el vodevil en paños menores de Marcel Achard y los epígonos españoles del género, hasta llegar al vodevil en cueros de algunos momentos de Alonso-Millán (que por cierto está volviendo a la lencería fina, no sé si por el stress/Tejero o por saturación del desnudo). El vodevil bulvardier y burgués es la manera cínica que la burguesía ha tenido de burlarse de sus propios principios, practicando un irenismo y una simonía que Conchita Montes, entre nosotros, ha conseguido tornar de buen gusto.

El honor y la honra así entendidos (hay otro honor y otra honra que están en la política, en la conducta, en

la profesión, etc.), son unas inmanencias tan convencionales en Calderón como en López Rubio, un suponer.

Calderón está entre nosotros, no sólo porque la simonía del vodevil siga funcionando, con o sin tetas al aire, sino porque, como ya explicara América Castro, son gestiones profundas de la vida española. El señor Tejero, profesional de las armas, cuando tiene ocasión de explayar por escrito su ideología, se mueve mediante estas dos inmanencias, afásicamente expresadas, y al respecto es reveladora una anécdota. Cierta revista le ofreció cuatro millones por escribir el tan nombrado artículo. Tejero dijo que él no metía su prosa patriótica «entre culos y tetas», pero le quedó la idea de escribir el artículo y le salió en sepia. Quiere decirse que el soporte freudiano del honor y la honra tejerianamente entendidos, no son sino los culos y las tetas.

### Calderón, sí, está entre nosotros

*No me hallan los ojos todos  
si atentos no me los buscan,  
que allá en dos cuencas, si lloran,  
uno es Huécar y otro Júcar.*  
Calderón

Mejores ojos para todo esto tuvo Cervantes —y ahí reside su genialidad—, que no se desdobló tanto en obra y caricatura de la obra, sino que dedicó su libro mayor, directamente, a la caricatura del honor, la honra y otros arreos de la caballería andante.

Parecía libro menor, por burlesco, pero sólo la burla da la verdad dos veces, como la flecha con curare, que además de matar, envenena.

Es nada menos que la fórmula del humor.

Tengo escrito que decir las cosas mediante el humor es decir las cosas varias veces: en serio y en broma. Una forma potencia la otra. Se enriquecen y fecundan mutuamente. Porque Cervantes no sólo hace la burla de lo sublime, sino incluso la burla de la burla, de modo que Don Quijote, en la segunda parte, ya se sabe protagonista de la primera, personaje de un libro, modernidad que suprime todas las posteriores ensayadas en la novela universal.

Así, con distanciamientos sucesivos, Cervantes desmitifica, no sólo los conceptos mayúsculos de una sociedad intelectualmente minúscula, sino que desmitifica su propia desmitificación.



*-Calderón está entre nosotros, no para purgarnos con un auto sacramental sino para dibujarnos con una comedia menor. Está entre nosotros por la vigencia eclesial-burguesa del honor y la honra.-*

Es la manera de que la autonegación niegue lo externo, lo exterior: el quijotismo tonto de España. Calderón no es ajeno a estos distanciamientos, que a veces ensaya dentro de sus propias comedias.

Pero, como dijera Larra, toda fama es un equivoco y todo aniversario un error de fechas. Cervantes ha quedado por un libro que se supone militar, cuando se proponía todo lo contrario. Y a Calderón se le despieza en obras mayores y menores, como una factoría que factura al por mayor y al detall, cuando lo cierto es que su teatro menor no es sino el revés de la trama, la verdad de la vida, el desmentido de tanto como se había obligado o se le había obligado a mentir. Siempre me ha parecido un reduccionismo simplista el trocear a un autor en obras mayores y menores, satíricas o graves, costumbristas o filosóficas: unas suponen siempre el correctivo a las otras, cuando menos.

Calderón está entre nosotros por la vigencia eclesial/burguesa del honor y la honra, cuando su verdad fugitiva

definitiva es la burla de todo eso entre capa y espada.

Ya he anotado aquí, me parece, cómo el duque bobo de «El galán fantasma», supone una crítica esperpéntica a la aristocracia, metáfora viva de honores y honras. (Decía Proust que la aristocracia es ajena a su propia poesía.) Pero, al final, Calderón se prostituye, se corrompe, accede, y el duque, como los monarcas en Lope, hace justicia incluso contra sí mismo. Calderón está entre nosotros porque muchos de los escritores estrenistas que acudimos a sus misas mayores y menores caemos hoy en iguales concesiones.

## Telón final

*La boca es de espuerta rota  
que vierte por las roturas  
cuanto sabe; sólo guarda  
la herramienta de la gula.*  
Calderón

Calderón está haciendo en este romance el retrato físico de sí mismo para una dama que deseaba saber «su estado, persona y vida».

Pero el retrato, como todos, es moral. El escritor escribe a espuerta rota, en estos vodeviles, y vierte cuanto sabe por ellos y sus roturas. No está jugando con valores sagrados: los está desacralizando. Su boca enferma sólo guarda «la herramienta de la gula». Y esa gula, física, estomacal o ideal, es la que le pierde, la que le vende, la que le lleva a fundar una teología escénica que no es sino la puesta en escena de la Contrarreforma. La herramienta de la gula.

Telón final. La función ha terminado. La cómica es deliciosa, el director es exquisito, los atreuzistas son minuciosos. El vodevil barroco es como una concesión que nos hace el grave autor del XVII, aurificado en

su siglo de oro, para que no todo sea auto sacramental.

No. Su vigencia y su verdad son el vodevil. Porque el vodevil está entre nosotros. El viejo y ya cansado vodevil social. Amores y odios de tantos años. El escritor que huye de la admiradora gorda. La actriz que busca al periodista de moda. El crítico que luego escribirá de la fecunda versatilidad de nuestros clásicos, capaces de pasar de lo grave a lo cómico con tanta maestría, sin plantearse jamás lo uno como desmentido de lo otro y «La dama boba» como revés de alcaldes honorables, Segismundos meditados y vidas que son sueños.

Shakespeare lo había dicho mejor porque había dicho otra cosa: «Estamos hechos de la materia de nuestros sueños.» Ortega lo pondría siglos más tarde en prosa ensayística: «El hombre sólo tiene proyectos líricos.» Porque el mero hecho de proyectar algo, aunque sea un crimen o una sociedad de crédito (sobre todo si es un crimen o una sociedad de crédito), ya es un hecho lírico: ponerse a soñar con la felicidad, con la riqueza, con el éxito. Sartre dice que Faulkner es lírico porque, en lugar de dar acción, la



proyecta interminablemente, la prepara.

La vida es sueño, pero no porque sea mentira —burdo calderonismo—, sino porque lo más vital que hacemos es proyectar, soñar, y luego vivimos sobre la materia de nuestros sueños, como figuras de tapiz. El viejo tapiz gastado de una época, de una sociedad que ya hemos pisado y paseado mucho, vuelve a extenderse en cada estreno. Vivimos sobre el fondo de todas esas vidas. Dice Baudelaire que en un lugar público, cada uno disfruta de los demás. En el estreno que digo habla un alcalde, Tierno Galván, más hegeliano que calderoniano. ¿Está cambiando por eso nuestra conciencia municipal? Me temo que no. Calderón está entre nosotros. ■ F. U.

